

CAPITULO XXXIII.

¡HAMBRE!

A últimos de junio se supo que se estaba esperando en el Grao el vapor de guerra *Blasco-Garai* para conducir á los deportados á la isla de Ibiza.

Los presos recibieron esta infausta nueva con serenidad y resignacion, pues no ignoraban que se les iba á embarcar.

¡Pluguiera al cielo que no los llevasen á mayor distancia que á la mas próxima de las islas Baleares!

Seis de los individuos que estaban en la torre de Cuarte, y que tenian algunas relaciones íntimas en Valencia, consiguieron por influjo de las mismas ser trasladados al ex-convento de San Agustin, donde estaba el presidio modelo, y en cuyo local se les podian proporcionar mayores comodidades.

El alcaide Arkinkinkof seguia tratando á sus distinguidos prisioneros con todas las consideraciones imaginables.

Ya no habia horas fijas de comunicacion, pues todo el dia y parte de la noche podian entrar los que gustasen á ver los presos.

La prohibicion de asomarse á las rejias, tambien quedó anula-

da, pues á favor de las mesas y de las sillas puestas encima de ellas, conseguian los mas jóvenes de los deportados encaramarse y ver la calle, sin temor á la centinela de que les habia hablado el alcaide.

Tambien se infringió la orden que les prohibia todo desahogo filarmónico: árias y duos de ópera, canciones andaluzas y hasta himnos patrióticos servian de solaz á los tristes prisioneros, sin exceptuar el siempre arrebatador himno de Riego, que solia entonarse frecuentemente escitando el entusiasmo de los forzados huéspedes de la torre de Cuarte.

—Caballeros, por Dios—solia decirles el alcaide—canten ustedes lo que gusten, menos esas cosas de libertad y de patria. Me comprometen ustedes, y verdaderamente tendria poca gracia...

—Señor alcaide—dijo uno de los deportados—¿quiere usted que cantemos la *Pitita* ó el *Julepe* del año 23?

—¡Bah! ¡bah!

—¡Qué! ¿no las ha cantado usted nunca?

—Son ustedes de la piel del diablo... ¡qué ocurrencias!

—¿No responde usted?

—Yo nunca he cantado mas que la jota valenciana.

—¿De veras?

—Como ustedes lo oyen.

—¿Ni el año 20?

—Tampoco.

—¿Pues no sirvió usted á las órdenes del general Elío?

—¿Y qué!?

—Seria usted uno de los artilleros que se insurreccionaron en la ciudadela á favor del general cuando este estaba preso.

—Yo... señores...

—Basta, basta,—dijo uno de los deportados de mas edad y mas reflexivo.—El alcaide, como buen militar, habrá obedecido á sus gefes.

—Ya se vé que sí..... yo siempre he tenido por norte la subordinacion... el exacto cumplimiento de mi deber.

—Y ahora, como alcaide, obedece las órdenes de sus superiores.

—Eso es, si señor, eso, cabal, yo obedezco á mis superiores... La subordinacion no me permite otra cosa. Sin embargo, en todo aquello que quepa en el mas exacto cumplimiento de mi deber, haré por ustedes cuanto exijan de mí, pero esos cantos nos comprometen á todos.

Esta plática fué interrumpida por la presencia de un demandero que subió precipitadamente á participar al alcaide que acababa de llegar otra cadena de mas de veinte presos, y que el comandante de la conduccion aguardaba para hacerle la entrega, y presentarle la orden superior para que fuesen admitidos en la torre de Cuarte.

Corrió Arkinkinkof *al exacto cumplimiento de su deber.*

—¡Nuevos presos!—esclamó uno de los deportados.—¿Si lo serán por opiniones políticas?

—¿Qué duda cabe?—respondió otro.—Si fuesen de otra clase, no los traerian aquí... á no ser que sean militares...

—¿Será otra cuerda de Madrid?

—No, no—repuso un tercero—las cuerdas que han salido de Madrid, segun nos escriben, todas han tomado la direccion de Andalucía.

No tardó mucho tiempo el alcaide en subir á sacar de duda á sus simpáticos prisioneros.

—Señores—les dijo—van ustedes á tener compañía.

—Pues ¿cómo así?

—Acaban de llegar veinticinco presos de Zaragoza.

—¿Tambien por cosas políticas?

—Lo mismo que ustedes.

—¡En todas partes víctimas!

—El comandante me ha entregado una orden del capitan general para que me haga cargo de ellos, y como no tengo mas sala que esta para colocarles, pues las otras estancias son pequeñas y están ocupadas por presos militares, me harán ustedes el favor de contentarse con uno de estos dos salones que hasta ahora han estado á su disposicion, y dejar el otro para los presos aragoneses. En un abrir y cerrar de ojos trasladarán los mozos las camas, mesas, sillas y demás.

No tardaron en subir los nuevos desgraciados.

A escepcion de cuatro ó cinco cuyos trajes denotaban la superioridad de fortuna en cotejo de los de sus compañeros, los demás se presentaron en el estado mas lastimoso, la mayor parte descalzos!

Aturdidos quedaron los deportados procedentes de Madrid, al ver la miseria de los de Aragon.

Algunos de los primeros, que eran aragoneses, entablaron con sus paisanos el siguiente coloquio:

—¿Se viene de Zaragoza, señores?

—Sí, señor.

—¿Conque tambien alli ejerce el gobierno su tiránico poder contra los liberales?

—Alli como en Madrid—dijo uno de los recién-llegados cuyo traje era bastante decente—y como en todas partes; pero á noso-

tros los liberales de Aragon, nos tratan con mayor vilipendio aun, si es que cabe, que á ustedes los de Madrid.

—¿Cómo así? Advierta usted que á nosotros....

—A ustedes no les habrán mezclado y confundido con la hez de lo mas despreciable de la faccion carlista.

—¿Y á ustedes sí?

—No vayan ustedes á creer que todos los que aquí ven y acabamos de llegar son sus amigos, sus compañeros de opinion.

—¿Con que no son todos liberales?

—No señor; esceptuando ocho de cuantos venimos en esta cuerda, y que padecemos por idéntica causa que ustedes, los demás son partidarios de don Carlos. Así nos trata el gobierno de una reina á quien hemos colocado en el trono á costa de nuestra sangre; así nos confunde con los fanáticos defensores del absolutismo.

—Poco á poco, señor mio — contestó uno de los aludidos — poco á poco y no por ser probes nos dispreeie ansina. Cadascuno quiere á quien quiere; y aquí toíticos semos presos. La mayor parte de nosotros, aunque himos estao en la ficion, estábamos ya entablecíos en nuestros lugares, labrando la tierra y sin meter el hocico en el pienso de naide, como ijo el otro. Si ahora Crestina tiene miedo á sus mercedes, y á nosotros por otro lao, y nos quieren llevar lejos de nuestras tierras, ¿qué culpa tenemos los demás?

—Si es así, tiene en parte razon — dijo uno de los deportados madrileños.

—No cabe duda que es así — repuso el que anteriormente habia hablado.

Y llevándose á parte á los de Madrid, añadió que sin embargo iban avergonzados de verse confundidos con aquellos hombres.

—Tambien nosotros lo estamos — alegó uno de los madrileños — con algunos pocos entre mas de ciento que salimos de Madrid, porque estos pocos son quizá de peores antecedentes que esos miserables que al cabo no han hecho mas que defender un principio político, pero algunos de los que vienen con nosotros y están en el Grao con otros compañeros nuestros, han cometido faltas de peor y mas denigrante carácter.

Contaron después los de Zaragoza, que los ocho liberales que allí venian habian sido presos en dicha ciudad y en otros pueblos de la provincia, por sus ideas de progreso avanzado: que todos eran del comercio ó propietarios: que los demás habian sido facciosos y gente perdida, que ahora estaban pacíficamente en sus pueblos: que habian sido presos tambien arbitrariamente, y como ellos destinados á aquella cuerda, sin formacion de causa: que únicamente habia uno entre los carlistas á quien se la habian formado.

—A aquel — continuó el que hablaba, señalando á un anciano de mas de 70 años de edad.

—¿Y qué ha hecho ahora ese hombre tan viejo? — preguntó uno de los de Madrid.

—Era ermitaño de un pequeño santuario, y parece que iba por los pueblos de la comarca pordioseando para su ermita.

—¿Qué delito hay en eso?

—Dicen que fanatizaba á los sencillos aldeanos.

—¿Oiga!

—Deciales que se le habia aparecido la madre de Dios, y le habia anunciado que muy pronto estaria en su trono Carlos V.

—¡Cáspita! Pues ese es el mismo pronóstico de la célebre monja de las llagas.

- Y que los frailes volverian á ocupar sus conventos.
- Menos los que murieron en la degollina del año 34.
- Y que se restableceria el santo tribunal de la inquisicion.
- Por supuesto.
- Y castigaria á los herejes liberales.
- Asándoles sobre las áscuas como si fueran sardinas.
- La autoridad tuvo conocimiento de todo, y mandó formarle causa.
- Y habrá recaído sentencia después de oír al procesado.
- Nada de eso, la causa no salió de sumario.
- Pues ¿cómo fué eso?
- La autoridad gubernativa ofició al juez á fin de que en cualquier estado en que se hallase la causa, fuese el reo comprendido entre los que salian en esta cuerda, con destino, segun dijeron, á Ultramar.
- ¡Justicia recta, propia de los tiempos que atravesamos!
- El juez, en uso de sus facultades, se opuso con energía.
- Hizo muy bien; pero ¿cómo está aquí ese miserable viejo?
- Pudo mas el jefe político que el juez, y mandó terminantemente que el ermitaño saliese con nosotros.
- ¡Qué escándalo! ¿Estamos en España ó en la Cafreria? ¡En qué tiempos vivimos! ¡Ni los poderes se respetan unos á otros!... Nadie manda mas que la omnipotencia del sable. En el mismo caso que ese hombre, tal vez hipócrita ó fanático, tal vez víctima de la calumnia supuesto que no se ha querido averiguar la verdad, están algunos de los deportados que vienen con nosotros. Aquí ya no hay leyes, aquí no hay sociedad, aquí no hay mas que los infernales planes que se fraguan en el PALACIO DE LOS CRÍMENES.
- Y es el caso tambien, hablando de otra cosa — objetó uno

- de los liberales recién llegados — que esos hombres que ustedes ven, están la mayor parte en la mas espantosa y horrible miseria.
- Bien se echa de ver por sus andrajos.
- Pero á lo menos se les debería socorrer... Apuesto que aun están hoy en ayunas..... y hasta que aquí se les dé algun mal rancho...
- ¿Aquí? — replicó uno de los de Madrid — que no lo esperen.
- ¿Será posible?
- A nosotros se nos ha destinado á esta torre, porque no tiene fondos algunos para los presos que no son militares, y nos costeamos á peso de oro nuestra manutencion, habiendo sido destinados los demás compañeros, que no pueden pagar su alimento, al Grao, donde reciben el rancho y auxilio que se dá á los presidiarios. Aquí que no aguarden nada.
- ¿De veras?
- Nada absolutamente.
- Pues entonces van á perecer de hambre esos desgraciados. Por compasion, por humanidad voy á prevenirles con tiempo para que vean lo que han de hacer.
- Y dirigiéndose á ellos les habló de esta manera:
- Chicos, oid lo que dicen estos caballeros. En esta cárcel no dan rancho, ni socorros, ni jergones, ni nada á los presos. Ellos se pagan las comidas, y las camas y todo; con que á ver vosotros lo que habeis de hacer.
- ¡Toma! ¿qué himos de hacer? — contestó un jóven de figura atlética. — ¿Tenemos fuerza, ni poer, ni fosiles, ni aun navajas, ni alientos tan sisquiera para hacernos dar ná, sino quieren darnos? Nos moriremos de hambre y de sed... y Cristo con toos. Pero mejor fuera que nos fosilasen ó nos ahorcasen de una vez y ansina

concluíamos pronto. Al gano lo primerico que se le procura es darle de comer para que no se muera de hambre... A nosotros nos tratan peor que á las bestias, aunque sea mala comparanza, porque al fin y al cabo semos hombres. ¡Cómo ha de ser!..... quizá puede que llegue la nuestra, y entonces...

Y cubriéndose con la manta hasta los ojos, añadió por último con el acento de la ira y la desesperacion mas concentrada, estas palabras:

— Buenas noches, caballeros.

Y se tumbó en el duro suelo.

Es de advertir que eran las doce del día.

— No señor — exclamaron los demás — esto es una judiada... ¡Matar de necesidad á los hombres!..... Que venga el alcaide... Nosotros no tenemos que comer...

— Tenemos hambre — gritaban unos.

— Estamos presos, y es preciso que nos den de comer — decian otros con ademanes amenazadores.

— ¡El alcaide! ¡que venga el alcaide! — gritaban todos.

Y los gritos se aumentaron en tal disposicion, que el alcaide subió presuroso con un cabo y cuatro números de la guardia.

— ¿Qué voces son estas? ¿Qué ocurre aquí? — dijo al entrar. — Advierto que el que se desmanda lo ha de pagar muy caro.

— Aquí nadie se desmanda.

— Vive Dios que el que me falte á la subordinacion...

— Aquí nadie falta... lo que se quiere es comer.

— ¡Comer! ¿Y quién se lo impide? Coman cuanto quieran. Apuradamente están de sobra las fondas en Valencia.... Tambien hay figones de donde por poco dinero podrán traerles...

— Es que no tenemos dinero, ni poco, ni mucho. No tenemos

mas que hambre.... y es preciso que se nos dé de comer.... Usted tiene obligacion de darnos de comer.

— ¿Yo? Están ustedes muy equivocados. Yo no puedo darles mas que casa sin que les cueste un cuarto el carcelaje. En cuanto á lo demás, los señores que hace tres dias que están aquí, se costean sus comidas y sus camas; y si ustedes no hacen lo mismo, yo no puedo remediarlo.

— Es el caso, señor alcaide — dijo con amabilidad uno de los aragoneses de decente porte — que ocho de nosotros podremos subvenir como estos caballeros á nuestra manutencion; pero estos diez y siete son unos desdichados, que ni aun ropa tienen para cubrir su desnudez. Durante el viaje y en los pueblos del tránsito han sido socorridos con dos reales cada uno, y se les han dado dos ranchos y pan. Es extraño que en una ciudad como Valencia se les quiera matar de hambre.

— Pues hijo, ¿qué le he de hacer?... quejarse á quien pueda remediarlo, á mi no.

— Sin embargo, señor alcaide — añadió uno de los de Madrid — usted es quien debe oficiar para que se remedie este mal.

— ¿Yo?

— Usted, si señor, así lo exige el exacto cumplimiento de su deber.

— Corriente, oficiaré; pero estoy seguro que hasta mañana muy entrado el día no habrá resultado alguno.

Entonces dijo con voz iracunda el que se habia tumbado en el suelo:

— Siendo así, avise usted al sepulturero para que venga á recoger algunos cadáveres... pero no, ellos podrán servir de alimento á los que estén vivos.

— Eso no sucederá estando nosotros aquí — exclamó el generoso don Anselmo Godinez.

Todos los madrileños, y los ocho pudientes aragoneses aplaudieron y quisieron imitar el noble ejemplo del padre de María; y entre todos ellos se escotó para que se dieran dos ranchos y pan abundante á los desvalidos, mientras se esperaba la contestacion al oficio que el alcaide iba á dirigir inmediatamente á la autoridad.

Hasta el dia siguiente, como dijo el alcaide, no hubo resultado alguno. ¿Y cuál fué este resultado?

Los infelices presos recibieron raciones de un pan negro y nauseabundo, y dos ranchos que corrian pareja con el pan.

Acaso en aquellos mismos instantes, los lacayos del palacio de la calle de las Rejas, arrojaban á los perros el pan blanco y los esquitos sobrantes de una opipara mesa!

Los deportados de Madrid recibian todos los dias cartas de sus familias.

Se les participaba que eran inútiles cuantas gestiones se practicaban para obtener su regreso, á no emplearse el *especifico* usado por los parientes de los dos deportados consabidos, *especifico* del cual nadie quiso valerse por las mismas razones que habia manifestado María á la elegante mediadora.

Tambien se les noticiaba que las salidas de cuerdas seguian á la órden del dia, no solo en Madrid, pues se habian generalizado en toda España los encarcelamientos y deportaciones.

Cinco dias se pasaron de este modo en la torre de Cuarte, cuando se les anunció que el siguiente iban á ser embarcados para Ibiza, á cuyo efecto acababa de fondear en el Grao el vapor *Blasco-Garai* que les habia de conducir á la citada isla.

Lejos de sorprenderles esta noticia que ya esperaban, hizo que



(7)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

algunos se alegrasen creyendo que seria aquel el término del exilio y les halagaba la esperanza de que gozarian en Ibiza de mayor libertad.

A poco menos de media noche se les presentó un comisario de policía para anunciarles que á consecuencia de una contra-órden, no se verificaba ya la marcha.

Algunos recibieron esta noticia como un buen agüero, otros como un preludio de mayores desgracias; pero ni unos ni otros acertaron.

El *Blasco-Garai* necesitaba algunas reparaciones, y no podia salir del puerto en dos ó tres dias.

Este momento llegó.

Serian las tres y media de la mañana del 7 de julio cuando se avisó á los deportados de Madrid que habia sonado la hora de abandonar á Valencia.

Arkinkinkof les dió la mano á todos con la mayor cordialidad, deseándoles toda clase de prosperidades, particularmente la de volverles á ver en su torre aunque fuese por poco tiempo, prosperidad bien poco halagüeña para los presos.

Tambien los mozos quedaron contentos de la generosidad *dels cavallers* madrileños, pues así les llamaban.

Despidiéronse los de Madrid de los deportados aragoneses (á quienes por desgracia no tardaron muchos meses en volver á ver) y bajaron á la puerta de la torre.

Seis tartanas aguardaban para conducirles al Grao.

En cada tartana hacia los honores del vehiculo un salvaguardia bien armado.

Dirigiéronse por la muralla á San Agustin para recojer allí algunos compañeros que, como sabe ya el lector, habian sido tras-

ladados desde la torre al siguiente día de haber llegado á Valencia, y todos reunidos continuaron la marcha por la calle de San Vicente y la de las Barcas para salir de la población por la puerta del Mar.

Serian las seis cuando llegaron al Grao; y fueron inmediatamente conducidos al embarcadero.

Allí vieron muchos por vez primera el inmenso y magestuoso piélago insondable, que algunos habian admirado ya desde la torre de Cuarte, causándoles la sorpresa que á todos causa su imponente aspecto.

Los presos que habian pasado los nueve días en el Grao, ya sin cadenas, último alivio que, como hemos dicho, recibieron del inolvidable capitán Olalla, reuniéronse á sus compañeros, y les contaron sus padecimientos en tan corta ausencia.

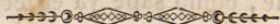
Los que no habian tenido para atender á los gastos de su manutención, que eran casi todos, lo habian pasado estremadamente mal, comiendo dos pésimos ranchos, y un pan detestable, sin duda igual al que se daba á los aragoneses.

Un sargento del presidio les habia hecho las veces de alcaide, y no les permitió mas comunicacion con los que iban á verlos que un corto instante, y para esto habian de bajar de dos en dos á disfrutar de este limitado alivio.

Habíaseles destinado un espacioso salon; pero el que no pudo costearse cama, tuvo que dormir en el duro suelo, porque ni un mezquino monton de paja proporcionaron á aquellos infelices!

¿Qué importaba?

La nacion era feliz puesto que los señores ministros dormian sobre colchones de mullida pluma.



CAPITULO XXXIV.

LA MODERACION DE LOS MODERADOS.

El 7 de julio de 1848 á las siete menos cuarto de la mañana comenzaron á trasladarse los deportados desde el embarcadero hasta el vapor.

A las siete estaban todos á bordo.

Habíase aumentado su número con seis que de Valencia salian para el mismo destino: cuatro de estos fueron incorporados con los de distincion, y á los dos restantes se les incluyó en la categoría de los demás, que por no ser de los privilegiados iban debajo de escotilla en tanto que aquellos ocupaban la parte de popa sobre cubierta.

Antes de levar anclas, el comandante de aquel hermoso buque de guerra, dirigiéndose á los deportados de distincion, les dijo.

—Señores: tengo el disgusto de ser el encargado de separar á ustedes mas y mas de sus familias. No puedo prescindir del cumplimiento de este penoso deber; la travesía es muy corta; apenas